



LOS OCHO PENSAMIENTOS

—LOS LOGISMOI—

Por Norma Novoa

La vida espiritual, según los Padres del Desierto, se compone de tres etapas: vida ascética (*praktiké*), contemplación de los seres creados o contemplación del mundo físico (*fusiké*) y contemplación de Dios (*theologiké*). La vida ascética prepara y conduce hacia la contemplación. La contemplación de los seres creados y la contemplación de Dios constituyen la meta hacia la cual tiende el religioso. Para alcanzarla es necesario llegar a la *apatheia* (ecuanimidad, serenidad), término de la vida ascética y “puerta” de la contemplación de Dios.

El análisis de los pensamientos, impulsos, pasiones o vicios constituye una de las mayores contribuciones de los Padres del Desierto a la espiritualidad. Asceta es aquél que para estar enteramente disponible en la búsqueda de su único fin, la contemplación de Dios, se aleja del mundo. Renuncia a todos los quehaceres humanos que son fuente de división y agitación, para establecerse en la *hesychia*, es decir en la calma que procura la soledad. Pero todo esto no basta para alcanzar la *apat-*

heia. En la soledad no desaparecen los pensamientos que son los que ponen en movimiento las pasiones. Libre de la lucha exterior, el aspirante se enfrenta con el difícil combate interior. El abismo que media entre la *hesychia* y la *apatheia* debe ser salvado por la vida ascética (*praktiké*), que es por tanto una atención constante sobre los pensamientos. Se da una clasificación de “ocho pensamientos generales” que constituye el elemento principal de la doctrina ascética. Cada uno de estos pensamientos se identifica prácticamente con un vicio particular. El control de los mismos conduce a la *apatheia*, la liberación de las *pathé* (pasiones) que se oponen en nosotros al amor. Habitualmente se emplea, para denominarlos, el término *logismoi* (pensamientos) en un sentido peyorativo, lo que no quiere decir que todos los pensamientos sean malos; pues no todos son obstáculos a la contemplación de Dios. Pero, *logismoi* tiene un sentido negativo. Se trata de los malos pensamientos, inspirados por las pasiones y contra los que debe lidiar el aspirante para progresar hacia la *apatheia*. Son fuerzas que, morando en el corazón del hombre, desde allí desencadenan todo el resto de las impurezas que afectan nuestro pensar, sentir y actuar. Ellos son el lado oscuro del corazón. El nexo entre pensamiento y pasión es tan estrecho que los primeros Padres suelen hablar indistintamente de pensamiento de tal o cual vicio.

Los *logismoi* ocuparon, más que cualquier otra cosa, a los monjes antiguos, muy particularmente a los llamados “psicólogos del desierto”. Estos psicólogos conocen perfectamente lo que nosotros llamamos el subconsciente, como lo demuestra, por ejemplo, esta frase de Evagrio Póntico:

“Muchas pasiones están escondidas en nuestra alma y escapan a la atención; cuando sobreviene la tentación, las pone de manifiesto”.

Lo que quiere decir que, al aflorar a la superficie de la conciencia una sugestión, hay que descomponerla en sus diversos elementos, en orden, no viendo mal donde no existe. Se distinguen las zonas psíquicas en: humana o animal y racional o afectiva. Hay que examinar, en primer lugar, si la causa de una determinada reacción psíquica es de orden físico y externo, o de orden moral e interno. Evagrio llegó a la conclusión que los centenares de “sugestiones”, se reducen a los ocho *logismoi*. He aquí su enumeración:

“Ocho son en total los pensamientos genéricos que comprenden todos los pensamientos: el primero es el de Glotonería (*gastrimargía*); después viene el de lujuria (*porneia*); el tercero es el de avaricia (*phylargyría*); el cuarto, el de la tristeza (*lypé*); el quinto, el de la cólera (*orgé*); el sexto, el de la acedía (*akedía*); el séptimo, el de la vanagloria (*kenodoxia*); el octavo, el del orgullo (*hyperephanía*)”.

En cuanto al orden de los ocho pensamientos, parece determinado por una sucesión empírica. Sin embargo, no se puede hablar de un orden sistemático. Sólo puede decirse, que la lista enumera los pensamientos según el orden del progreso espiritual. Los pensamientos mencionados en primer lugar, glotonería y lujuria, son aquellos contra los que primero debe enfrentarse el aspirante. La cólera y los otros provienen de la parte concupiscible (la parte irascible). Por último, las pasiones de la vanagloria y del orgullo se manifiestan sobre todo cuando ya se han retirado las otras pasiones, e intentan detener el avance del que ha progresado en la vida ascética. Al mencionar en primer lugar las pasiones más corporales, se reconoce el origen somático de los dos vicios de la glotonería y de la lujuria, que no son más que desviaciones de los instintos primordiales de la conservación de la persona y de la especie.

Los ocho *logismoi* se reparten según los dos grandes principios de las pasiones: los tres primeros pertenecen al apetito concupiscible (*epithymía*), y los cinco últimos, al apetito irascible (*thymós*). Otra distinción es la que agrupa los vicios según su mutua afinidad y dependencia. De este modo, se dividen en dos categorías, formando la primera categoría los seis primeros vicios y la segunda, los dos últimos. La glotonería, la lujuria, la avaricia, la cólera, la tristeza y la acedía están ligadas entre sí por una suerte de parentesco, forman una especie de

cadena, de manera que la exuberancia del vicio anterior se convierte en principio del siguiente. Así, el desbordamiento de la glotonería produce naturalmente la lujuria, de la lujuria la avaricia, de la avaricia la cólera, y así sucesivamente. Lo mismo sucede con la vanagloria y el orgullo: el exceso de la primera enciende la llama del segundo.

Dice Teófono el Recluso que de esta concatenación de los *logismoi* se sigue una consecuencia práctica; conviene emplear contra todos ellos una misma táctica, que consiste empezar por el precedente la constante atención contra el siguiente, nos dice *Teófono*:

“Es un método lógico y eficaz, los *logismoi* constituyen las armas que de ordinario usan las pasiones para atacar a los solitarios. Con el propósito de hacerlos caer en el error de glotonería, les hacen creer que se pondrán irremediablemente enfermos si prosiguen ayunando; para hacerlos caer en el vicio del orgullo, procuran persuadirlos de que, si progresan en la virtud, es gracias a su sólo esfuerzo...”

Es de suma importancia que se sepa distinguirlos bien y se conozca el orden en que se suceden unos a otros cuando irrumpen. En efecto, no todos arremeten al mismo tiempo, los que llegan siempre son peores que los que les precedieron. De este modo, el control contra los ocho *logismoi* se convierte en

un decidido y firme trabajo de control sobre las fuerzas que los gobiernan.

El aspirante espiritual deberá aprender, por medio de la observación de sus propios pensamientos, a conocer los diferentes vicios y sus técnicas características. A partir de ese conocimiento fundado en la observación podrá progresar en la vida ascética. Entonces podrá batallar con sabiduría, reconociendo y desenmascarando las maniobras de cada uno de ellos. Establecido en la luz de la fe y no en la oscuridad de la duda, tendrá una gran ventaja sobre ellos, que no pueden elevarse más allá del conocimiento sensible y exterior. Así el asceta obtendrá precisión y rigor de la relación que existe entre pasiones, pensamientos y vicios. Los últimos inspiran los pensamientos, éstos se “instalan” en el alma y de esa manera “desencadenan” las pasiones. Por lo tanto, si se desea evitar las pasiones desordenadas hay que impedir que los pensamientos se instalen, lo cual, depende de nosotros. Por medio de la vigilancia sobre los pensamientos el aspirante obstaculizará la acción de los vicios y podrá llegar a la *apatheia* (estado de paz interior).

La adquisición y práctica de las virtudes es uno de los elementos esenciales de la perfección espiritual. Por ellas el hombre es restaurado en su condición original, y dispuesto para la gloria eterna del Cielo. Claro que vencer completamente el ape-

tito concupiscible con su triple hueste, formada por la glotonería, la lujuria y la avaricia, equivale a domeñar las pasiones del apetito irascible, esto es, la tristeza, la acedía, la ira, la vanagloria y el orgullo, y esto conduce automáticamente a la posesión de la dulzura o mansedumbre (*praotes*), que los antiguos concebían como la culminación del trabajo espiritual. Excelente medio de lidiar con un vicio es ejercitarse en la virtud contraria hasta adquirirla por completo. Al respecto enseña Filoxeno de Mabbug:

“Preparemos contra cada una de las pasiones el remedio que le es contrario: contra la duda, la fe; contra el error, la verdad; contra la sospecha, la certidumbre; contra la doblez, la simplicidad; contra el engaño, la sinceridad; contra la opacidad, la nitidez; contra la dureza, la dulzura; contra la crueldad, la benignidad; contra el deseo corporal, el deseo espiritual; contra el placer, la vigilancia; contra la alegría del mundo, la alegría de Dios; contra las canciones profanas, los cánticos espirituales; contra la intemperancia, el ayuno; contra las bebidas embriagadoras, la sed de discreción; contra el ocio, el trabajo; contra las delicias, la austeridad; contra el placer carnal, el placer de los pensamientos espirituales”.

Como hemos visto que sucedía con los vicios, las virtudes también dependen una de otra. La misma idea de la cadena, pero una cadena espiritual, como encontramos en Macario:

“La oración depende de la caridad; la caridad, del gozo; el gozo de la mansedumbre; la mansedumbre, de la humildad y de la disponibilidad; la disponibilidad, de la esperanza; la esperanza, de la fe; la fe, de la obediencia; la obediencia, de la simplicidad”.

Todas las virtudes, como es lógico, fueron recomendadas y practicadas por los monjes antiguos y sus maestros; en primer lugar, las que se refieren directamente a Dios: la fe, la esperanza, la caridad. Pero hicieron hincapié en algunas que consideraban más fundamentales o más propias de su estado:

1) La discreción, “sentido de lo real”, entiende, sobre todo, el discernimiento de espíritu.

2) La humildad, la llamaba “la corona del monje”, “la puerta de Dios”, humildad es “*el cuidado exquisito en no juzgar a nadie*”, como la define Teófano el Recluso.

3) La obediencia, sumisión a la voluntad de Dios, está enteramente orientada a promover el progreso espiritual del aspirante por la renuncia a la propia voluntad y al propio juicio.

4) La mansedumbre, una virtud que gozaba de gran estimación entre los monjes antiguos, particularmente entre los entusiastas de la contemplación, pues implica necesariamente haber vencido todas las pasiones.

Teófano pregunta:

“¿A qué templo puede ir el hombre espiritual, cuando él mismo es el templo de Dios?”. San Efrén había escrito, mucho antes respecto de los solitarios: “Sus cuerpos son templos del Espíritu; sus almas, una iglesia; su oración, un incensario puro”.

Y en otro pasaje:

“En vez del edificio de la iglesia, se hicieron a sí mismos templos del Espíritu Santo, sus mentes sirven de altares, y sus oraciones son ofrecidas a Dios en lugar de sacrificios”.

Los contemplativos se esfuerzan denodadamente por recobrar el “estado natural” en que el hombre fue erigido. Para los que logran vencer las pasiones y hacer florecer en sí mismos todas las virtudes y unificar todas sus facultades, la dificultad se convertirá en facilidad; la ignorancia en sabiduría; el temor en amor; las lágrimas de remordimiento en lágrimas de agradecimiento y gozo. Para ellos, el paraíso comienza, de algún modo, en este mundo. Nos muestra Hesiquio el camino:

"Es imposible purificar nuestro corazón de pensamientos pasionales y alejar de él a los enemigos espirituales, sin una prolongada invocación del nombre del Señor".

Y nuestra Maestra nos repite constantemente:

“...un hombre que medita constantemente en la Luz, regresa envuelto en ella. Para él, la Casa de la Vida, con sus innumerables formas, es la Casa de Dios. Ese es un hombre feliz. Ha

quebrado la muralla de las diferencias y ha visto que la Luz es Una.”

*Por la Prof. Norma Novoa
Miembro del Colegio de Profesores de la Fundación Hastinapura*
